



## XVIII.

### CARTAGENA DE INDIAS.

1697.

Asociación de armadores y piratas patrocinada por el Rey de Francia.—Dispone escuadra.—Lleva á Indias bombardas.—Se junta con los fibusteros.—Atacan á Cartagena.—La plaza capitula.—No cumplen los franceses las condiciones.—Saqueo y ruina.—Atrocidades cometidas.—Llega escuadra anglo-holandesa.—Huyen los franceses.—Castigo á los fibusteros.—Incendio de Petit Goave.—Llega á Francia el barón de Pointis.—Proceso y sentencia.—Restitución de la plata sagrada.



Así que el rey Luis XIV recibió avisos circunstanciados de la ruina de sus establecimientos en Santo Domingo, mandó despachar dos escuadras con el fin de sostener á las demás colonias, llevándolas á cargo Renau de Elizagaray y Mr. des Angers. Una y otra cruzaron entre las Antillas, entorpeciendo nuestras comunicaciones y haciendo algunas presas, entre las que tuvo importancia la de la *Urca de Cartagena*, bajel mercante armado con 36 cañones. Alcanzado el 29 de Junio de 1696 por el navío *Gaillard*, á 17 leguas de la Habana, se defendió cinco horas, dejando de hacerlo cuando de 260 hombres de tripulación contó 80 muertos y 30 heridos, cifras que justifican á las condiciones del capitán D. Pedro Peredo <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Declaración del piloto Juan Diez Prieto, inserta en las *Mémoires du marquis de Villette*. Manifestó que, además del cacao y cascarilla que constituían la carga, podrían llevar entre los pasajeros unos 100.000 pesos.



La primera de las escuadras, picada de epidemia, tuvo que regresar á Francia; mas no dejó de servir con la otra, impidiendo que nuestra armada de Barlovento, muy inferior en fuerzas á cualquiera de ellas, continuara hostilizando á las guaridas de fibusteros <sup>1</sup>, mientras adelantaban los preparativos de armamento mayor, llevado á cabo con circunstancias excepcionales.

No era el Gobierno; no era el Rey de Francia el que lo costeaba: partió la iniciativa de una compañía ó sociedad de armadores, que calculaba resarcirse de los gastos y obtener beneficios con alguna empresa de entidad por el estilo de las acometidas tiempo antes por las grandes compañías inglesa y holandesa de las Indias; sólo que, á falta de los recursos que aquéllas tenían, interesaban al Estado como partícipe por el concurso de material en naves, artillería y pertrechos. Otra particularidad notable consistía en hacer causa común con los fibusteros de las Antillas, teniendo en cuenta la práctica de éstos en olfatear la plata y sus métodos para transvararla, á más de que, con la asistencia de hombres aclimatados, curtidos, conocedores de los lugares, provistos de naves y de armas, se podía reducir en doble número la recluta de bisoños, y en mucho el acopio de raciones y de transportes en que conducirlos.

Llevados á término los preliminares, quedó, pues, instituída una extraña asociación temporal de comerciantes y piratas, honrados con la participación del soberano, mediando compromisos ó escrituras por las que á los fibusteros se reconoció derecho á la décima parte del primer millón *ganado*, y á la décimatercia de los sucesivos. De dónde habían de salir los millones no se discutía: de Veracruz, que ya estaría re- puesta de la sangría de 1683; de Portobelo, feria dondè car-

<sup>1</sup> Mr. Guérin, que no consigna en su historia la presa de la *Urca de Cartagena*; cuenta en cambio que Mr. des Angers tomó en la Guaira un galeón con carga de valor. Es de presumir fuera la dicha urca. Refiere además que esta escuadra encontró á la nuestra de Barlovento sobre la isla de Santo Domingo, y que, habiendo desarbolado durante la caza la almiranta española por forzar de vela, se rindió. No he hallado confirmada la noticia en documentos españoles; la traslado, sin embargo, por imparcialidad.



gaban los galeones; de Cartagena, centro del comercio del Perú en el Atlántico; el lugar importaba poco, y hasta convenía que no se divulgara en Francia, dejándolo á elección de los experimentados espumadores de la mar.

Salió la armada de Brest á principios del año 1697, señalando como punto de reunión á la isla de Santo Domingo, y allí concurrieron siete navíos de 60 á 84 cañones; 10 fragatas y transportes; una bombardarda grande y cuatro menores, las primeras de la especie que se veían en Indias, con un total de 4.000 hombres de mar y guerra, al mando del almirante barón de Pointis, que pasaba por persona de energía y de actividad <sup>1</sup>. Los filibusteros aprontaron ocho fragatas con 1.600 hombres, gobernados por Mr. Ducasse, el jefe que reconocían en la isla <sup>2</sup>, y no sin rozamientos y asperezas llegaron á formar acuerdo, decidiendo fuera Cartagena el objetivo de la jornada.

Cartagena, plaza fuerte con excelente puerto; ciudad de 2.000 vecinos, los más mercaderes; centro de contratación del comercio del mar del Sur, donde se liquidaban los cambios hechos en la feria de Portobelo, se formalizaban los registros de galeones y se despachaban las flotas de Tierra-Firme, era considerada llave de las Indias por la fortificación, aunque en ella hubiera, como en las más de las poblaciones americanas, no pequeña parte de aparato teatral. La boca del puerto estaba defendida por un castillo de cuatro baluartes con 33 cañones; formidable barrera en apariencia del que no supiera que la artillería estaba montada sobre cureñas de cedro sin herraje, que la guarnición se componía de 15 soldados y que no había en almacén víveres de ninguna especie. En el interior de la bahía se alzaba el castillo grande de Santa Cruz, bastante fuerte por construcción; tenía también cuatro baluartes y buenos fosos, pero poca artillería, de hierro, y no estaba guarnecido. Otros dos fuertes, nombrados de Manzanillo y de San Luis de Barajas, formaban parte de las obras

<sup>1</sup> Jean Bernard Desjeans, barón de Pointis.

<sup>2</sup> Jean B. Ducasse, gobernador de los establecimientos franceses.



exteriores; no tenían artillería ni tropa. Por fin, la ciudad, murada sólidamente, contaba con 12 baluartes, fosos naturales, 84 piezas de artillería de bronce y puertas de comunicación con el arrabal ó ciudad baja. La dotación militar era de 40 soldados; el gobernador, D. Diego de los Ríos, hermano del conde de Fernán-Núñez.

Bien informados los flibusteros de las circunstancias interiores, como solían estarlo por sus confidentes; conociendo, por tanto, la fecha en que acabó la liquidación de la feria y la designada para la carga de galeones, dirigieron la armada hacia el puerto, desde el que se avistaron 29 velas sospechosas el 13 de Abril (1697). El día siguiente intentaron desembarcar por varios parajes en que se lo estorbó la marejada; fondearon las naves en la llamada Playa Grande, y desde el momento empezaron á bombardear á la ciudad, menudeando los disparos durante la noche. Uno de los proyectiles reventó entre el grupo de mujeres del pueblo que comentaban las ocurrencias, y conociendo sólo de oídas aquel género de hostilidad por las vagas y exageradas noticias de ruinas causadas en Argel, en Génova y en Alicante, produjo terror indescriptible, queriendo todas abandonar la plaza y arrastrar á los hombres, á los que argumentaban no haber nada que pudiera resistir á lo que les llegaba por el aire. Fué necesario poner fuertes guardias en las puertas para estorbar la dispersión general, y que el Gobernador se ocupara en aquietar los ánimos antes de prevenirlos á la defensa, como lo hizo, convocando á las compañías de milicias, señalando puesto á cada una, repartiendo armas á quien las quiso tomar ó á los más aptos en su manejo, pues vino á descubrirse en el momento crítico que si bien abundaban en los almacenes, solamente unos mil, entre mosquetes y arcabuces, eran de servicio.

Don Sancho Jimeno de Orozco, Gobernador del Castillo de Boca-Chica, ó sea el de la entrada del puerto, utilizó los primeros momentos metiendo dentro de su recinto 139 hombres de las estancias inmediatas, negros ó mulatos los más; pero no le alcanzó el tiempo para procurarse raciones, porque los enemigos le tomaron dos lanchas de que se servía en



la comunicación con tierra, y estorbaron que otras llegaran á él desde la ciudad.

El día 15 se le arrimaron los navios grandes de 80 cañones, batiéndole á corta distancia, al tiempo mismo que los filibusteros, desembarcados en el sitio de los Tejares, sostenían fuego nutrido de fusilería. No hubo pieza que resistiera tres disparos sobre las dichas cureñas de cedro en que estaban encabalgadas, siendo por consecuencia imposible extremar la defensa cuando los granaderos ganaron el puente levadizo y arrimaron escalas para asaltar. El Gobernador solicitó capitulación violentado por su gente, que se negaba á cubrir el muro amagado, y rindió la fuerza habiendo recibido 1.500 proyectiles de cañón y 44 bombas, que causaron nueve muertos, varios heridos y corto daño en las obras. De los franceses resultaron pocas más bajas, pero hubo bastantes oficiales heridos, entre ellos Ducasse y el ingeniero jefe Canning. Aunque los rendidos no obtuvieron otra condición que la vida, púsolos en tierra Pointis por que no le sirvieran de estorbo, y dió al Gobernador escolta de sus soldados hasta alejarse á cierta distancia, á fin de guardarlo de los piratas. Seguidamente puso 400 hombres en el castillo, dejó en la boca dos navios de guardia, entrando los demás, á la espía, hacia el interior del puerto.

Llegada la nueva á la ciudad, muchos vecinos la abandonaron, saliendo al campo con los objetos de valor, tras lo cual se tapiaron las puertas. Echáronse á fondo en la bahía dos bajeles, otro viejo, las dos medias galeras con que se había tratado de socorrer al castillo, y cuantas lanchas y canoas había en el muelle se incendiaron. Encargóse la defensa del castillo de Santa Cruz el capitán D. Francisco de Santarén, con 80 hombres que no la hicieron, recelosos de la incomunicación: al aproximarse la armada clavaron los cañones y se fueron, imitándoles los que cubrían el fuerte del Pastillito.

Por dos sitios desembarcaron los franceses, separados los cuerpos de infantería regular y de filibusteros, y antes de hostilizar enviaron á la plaza intimación por medio de un mu-



lato del país que les servía de práctico. Rechazada la oferta de condiciones honrosas á la entrega, dispararon las bombardas seis días, y comenzaron el ataque por el castillo de Barajas, que abandonó su gobernador D. Juan Berrío, y lo hubieran entrado desde luego á no encargarse voluntariamente de la custodia un hidalgo vizcaíno nombrado Juan Miguel de Vega, que si en los muros murió con 70 hombres, detuvo algún tiempo el avance, causando mayor pérdida al enemigo. Quedó gravemente herido en esta función el general en jefe, Pointis, encargándose del mando el capitán de navío Lévi.

Hasta el 30 de Abril estuvieron entretenidos los franceses en emplazar baterías, sin cesar el fuego de una y otra parte, aunque no era el de la plaza cual debiera por la necesidad de construir á toda prisa en aquellas circunstancias cureñaje de maderas fuertes, visto que las de cedro no aguantaban.

Cuando las obras lo consintieron, teniendo abierta brecha practicable, hicieron segunda intimación los enemigos, y no aceptada, lanzaron al asalto dos columnas, que penetraron en el arrabal ó ciudad baja, causando tal desorden en las compañías de milicias bisoñas, que disparaban unas contra otras, resultando más desgracias de balas españolas que de las francesas. Tuvimos este día 200 muertos y otros tantos heridos, al paso que los asaltantes, que por razón natural debieran haber sufrido mayor daño, no contaron arriba de 100 muertos, de ellos cuatro capitanes; Ducasse recibió tres heridas nuevas <sup>1</sup>.

El 1.º de Mayo, continuando el cañoneo, más próximo desde las posiciones conquistadas por el enemigo, estalló en la plaza un motín, encabezado por dos clérigos, pidiendo la ren-

<sup>1</sup> Los escritores franceses han sido más benévolos que los nuestros al juzgar á los vencidos. Me complazco traduciendo una de sus relaciones.

«Los soldados españoles se defendieron desesperadamente; arrojados de lo alto de los muros, se parapetaban en las rampas ó en las bóvedas. El comandante del arrabal, estando gravemente herido, se hacía conducir en una silla, como el anciano conde de Fuentes en Rocroi, animando á su gente con la presencia y la voz: al fin cayó prisionero. Hubo sucesivos combates parciales en las calles, en el puente, en las iglesias del arrabal, que no quedó por completo en favor de los franceses hasta no quedar defensor con vida.» No escatima tampoco elogios al gobernador general Ríos. (Guérin, t. IV, pág. 73.)



dición antes de exponer á la ciudad á los horrores del asalto. El Gobernador convocó la junta de guerra, en la que prevaleció la misma idea de capitulación, pesando en los capitanes de las milicias, que eran ante todo mercaderes, la preocupación de salvar alguna parte de los capitales. Pedido, por tanto, el concierto, entró en la plaza Mr. Ducasse el día 3 á discutir las condiciones, concertándose como principales las que siguen:

Salida del Gobernador por la brecha con toda la gente de guerra, tocando atambores, banderas desplegadas y cuatro piezas de artillería de campaña.

Podrían acompañarle los vecinos con los vestidos, muebles y esclavos, no llevando oro, plata ni piedras preciosas.

Los capitanes podrían sacar hasta 1.000 pesos en moneda; los reformados, 600; los alféreces, 400; los soldados, 25; los caballeros particulares, 400; los demás, según su porte y calidad.

A los vecinos que prefirieran quedarse en la ciudad serían respetados los bienes raíces y muebles, los fueros y preeminencias y la mitad del numerario y joyas, prestando juramento de fidelidad al Rey cristianísimo.

Las iglesias y conventos serían respetados, conservando íntegramente sus bienes y joyas.

Entregarían la hacienda del Rey sus contadores ú oficiales, con presencia de los libros <sup>1</sup>.

Hasta el momento de la firma arrojaron las bombardas 2.000 bombas, que arruinaron 400 casas y produjeron la muerte de seis personas; las balas de cañón pasaron de 5.000, con poco daño personal.

El 4 de Mayo entró en la plaza Mr. de Lévi, que ejercía funciones de almirante, con 400 soldados; situó guardias, publicó bando poniendo pena de la vida al que hurtase ó cometiese violencia, y la ejecutó en cinco que se desmandaron. El día siguiente, 4, salió el gobernador D. Diego de los Ríos por

<sup>1</sup> El P. Charlevoix, *Historia de Santo Domingo*.— D. J. Vallejo, *Diario histórico del sitio*.— Abreu y Bertodano, *Colección de Tratados*.



la brecha á caballo, seguido de las cuatro compañías de milicias, mujeres, niños, eclesiásticos, bagaje ; cerrando la comitiva el cabildo y regimiento de la ciudad con estandarte real, maceros y ministros. En todo, unas 3.000 almas.

Entrando seguidamente la tropa francesa, se dirigió á la catedral su jefe, donde se entonó *Te Deum*, dándose por posesionado en nombre del rey Luis XIV. Empezó á recibir el dinero en las cajas reales y á despachar pasaportes, haciendo registrar á los que salían, y sin esperar á tercer día, procedió al registro de iglesias y comunidades, incautándose de la plata y joyas, incluso la custodia sacramental. Las andas y objetos grandes de plata los deshacían ó machacaban antes de encajonarlos, y fueron muchos los de toda especie que amontonaron ; sin embargó, pusieron á cuestión de tormento á los religiosos uno, por uno, para que declararan lo que tuvieran oculto, consiguiendo con el procedimiento descubrir una buena suma de dinero confiado por el vecindario á los frailes recoletos.

Duró el saqueo de los templos y edificios públicos hasta el día 12, recogiendo al postre objetos que al principio desdeñaron. Coches, arcas, sillas, cuadros iban embarcando, después de haber entendido que los fibusteros no querían encargarse de guarnecer y conservar la plaza, y de experimentar en los soldados y marineros de Francia los estragos del vómito negro, por cuyos efectos hubo día en que enterraron 100 hombres, costándoles la ciudad ganada cuatro veces más que el sitio, en que no perdieron más de 500.

Descolgaron las campanas de las iglesias, llevándoselas, con excepción de las de la Compañía de Jesús, rescatadas en 700 pesos, y cuando no quedaba cosa de valor convocaron á los vecinos, proponiéndoles la conservación de las murallas sin artillería pagando 500.000 pesos. Los interesados enviaron consulta á Portobelo pidiendo la suma ; mas como la contestación se detenía, apretaban las enfermedades y no podían conseguir los franceses víveres frescos de la tierra, minaron muy de prisa los baluartes, volándolos el día 22, después de acabar el embarque de 84 cañones de todos calibres.



La armada se trasladó el 25 á Boca-Chica con objeto de reembarcar la tropa del castillo y volarle, operaciones concluidas el 4 de Junio, en que verificó la de incendiar la bombardas por falta de brazos con que atender á la maniobra de los navíos mayores, puestos inmediatamente á la vela.

Una formalidad en el compromiso de asociación dejó de cumplir Pointis: salió del puerto de Cartagena sin entregar á los fibusteros la parte de presa que les correspondía, fuera alegando que se la habían cobrado por su mano, contraviendo á las órdenes recibidas, ó fuera autorizándoles para cobrarla á su espalda, que ambas versiones corren. El hecho es que Ducasse y su gente quedaron muy descontentos, considerándose despojados inicuaamente por quien debiera darles ejemplo: por un Almirante que hacía buenas las aficiones y procedimientos del inglés Wilmot, con tanta justicia censurado por todo el mundo, como él lo fué también <sup>1</sup>.

Mucho se ha discurrido acerca de la cuantía del botín, habiendo escritor que la supuso de 40 millones de libras esterlinas. Los españoles, mejor informados, juzgaron que excedió de 6 millones de pesos <sup>2</sup>.

Esto como primera parte, porque en el momento en que la escuadra de Pointis se perdió de vista, volvieron á desembarcar los piratas, dueños ya de sus acciones, descargando sobre los miseros vecinos que en la ciudad habían quedado

<sup>1</sup> Aunque el barón de Pointis refirió los sucesos como tuvo por conveniente en la *Relation de l'expédition de Carthagène faite par les français en 1697*, su conducta mereció general reprobación de propios y extraños. El P. Charlevoix dijo: «Que la gloria adquirida con el valor de los franceses se manchó con excesos irritantes y crímenes odiosos; violaron las capitulaciones, profanaron los templos, robaron los ornamentos, los vasos sagrados y hasta los adornos de los altares; abandonaron sin alimento ni socorro á muchos de sus enfermos, que perecieron.» Mr. Guérin escribió textualmente: «Il (de Pointis) n'avait jamais passé jusque-là pour être intéressé; et pourtant il est vrai que, dans l'expédition de Carthagène, l'intérêt parut la passion dominante, et qu'il lui fit commettre des actes qui ternirent l'éclat de sa victoire.» Campbell afirma que hizo las partes de presa á su gusto y no descuidó la suya. Pezuela estima que se apropió un quinto de lo saqueado.

<sup>2</sup> Esta cifra asienta el capitán Vallejo, testigo de las ocurrencias. Alsedo la sube á 10 millones; Campbell hizo cálculo prolijo, teniendo en cuenta las estipulaciones de la sociedad armadora y las cantidades que mandó entregar el rey Lujs XIV, y cree que entre lo registrado y lo oculto sacaron los franceses 20 millones de libras.



la ira producida por el engaño del General. A qué horrores acudieron para exprimir el jugo de aquellos infelices, no diré: excedieron á los de Panamá, de Veracruz y de Maracaibo; ni vestidos siquiera dejaban á los estropeados en el tormento, quemando ó destruyendo lo que no podían llevar ó no les servía, pidiendo plata y más plata con el cuchillo en la mano, sin querer convencerse de que no había más <sup>1</sup>. Sin el arribo de una fragata procedente de la Martinica con noticia de haber visto á barlovento escuadra inglesa fuerte, quizá no dejaran de Cartagena más que la memoria: la nueva les dió cuidado; precipitadamente embarcaron el despojo para ponerlo en salvo.

Era cierto el aviso. Así que salió de Brest la escuadra de Pointis, se sospechó en Inglaterra, por el aditamento de bombardas, el plan de ataque á cualquiera de las plazas de Indias, y el rey Guillermo, nuestro aliado, ordenó la marcha inmediata de una escuadra angloholandesa, superior, al mando del almirante Neville. En el viaje tuvo muchas contrariedades: con niebla se separaron los navíos de fuego; con calmas se hicieron precisas las escalas en las islas Barbadas, Antigua y Jamaica, á fin de reponer el agua consumida, y sabiendo que los franceses expugnaban á Cartagena, todavía las brisas detuvieron el progreso de los bajeles. El 7 de Junio, que dieron vista á la ciudad atacada, supieron que tres días antes había salido del puerto el enemigo, cuyas velas se distinguían aun en el horizonte. Neville emprendió la caza á todo trapo y la siguió durante cinco días, rompiendo vergas y masteleros; tal era el deseo de alcanzar á aquellos navíos, que presumía cargados de riquezas. Un patache zorrero apresó, hallando á su bordo objetos y plata por valor de 200.000 libras, á más de información de lo ocurrido; y al saber que los flibusteros permanecían en Cartagena, aban-

<sup>1</sup> Confesó Oexmelin que hubo escenas atroces, apenas imaginables, confirmando Campbell con las palabras: «These miscreants had recourse to such cruelties, as are scarce credible.» El P. Charlevoix consigna que rebañaron 5 millones de francos, de los que á lo sumo llevaron uno y medio á Santo Domingo. Pezuela piensa que tras los feroces atropellos se repartieron já 30.000 pesos por plaza!



donó la idea de persecución de la escuadra, enderezando las proas al puerto. También llegó tarde; dos días antes habían marchado los piratas, de cuyas fechorías supo lo bastante. Orientando de nuevo el velamen, retrocedió, teniendo la suerte de descubrir ocho bajeles, objeto de caza tan activa como la primera. Los piratas se dispersaron, tratando de escapar cada cual por diferente rumbo, y cuatro de los buques lo consiguieron, perdiéndose de vista. Uno que se encontró á punto de abordaje, tuvo por mejor que rendirse embarrancar en tierra firme, donde los tripulantes fueron aprisionados; otro se estrelló en los arrecifes de Santo Domingo, dos cayeron en poder de los ingleses, con 500 fibusteros y lo que habían robado <sup>1</sup>.

Siguió á este golpe efectivo el propinado por el almirante Meeze, que continuaba la persecución con nueve bajeles hasta las madrigueras de Santo Domingo, y entró en Petit Goave detrás del jefe de los fibusteros, Ducasse. El pueblo fué destruído, cobrada buena parte del botín de Cartagena, presos muchos bandidos y negros esclavos, acabando de deshacerlos los corsarios de la Habana y de Santiago de Cuba, que vengaron á sus compatriotas talando fincas y aprehendiendo, con los ladrones, á sus familias enteras. Cerca de Baracoa rindieron á la embarcación en que el segundo cabo de Ducasse, el conde de Boyssi Raymé, iba en su auxilio. Boyssi murió de las heridas; su gente, por ser tanta, no recibió el castigo merecido, siendo, como los demás prisioneros, obligada á ganar la ración en trabajos forzados, con grillete al pie. Destruyérase esta vez definitivamente la parte francesa de Santo Domingo á no ajustarse en la oportunidad la paz de Ryswick, en virtud de la cual se reconoció á Luis XIV la propiedad del territorio usurpado por sus naturales.

El barón de Pointis fué de todas suertes favorecido de la fortuna. Cinco días de diferencia en el de su marcha de Cartagena, porque la plaza prolongara la defensa, porque las

<sup>1</sup> Llamábanse *Christ* y *Flying Hart*, según Campbell.



enfermedades no le apretaran tanto, porque demorara el embarque del despojo; cinco días ganados en la travesía de la escuadra de Neville, ayudándole las brisas, hubieran librado á la plaza de tantas desdichas ó las compensaran con la destrucción completa de bajeles de la asociación real y pirática. Después de la caza, en que, contra las probabilidades de su pérdida, desembozó el canal de Bahama, en el de la Mancha encontró otra escuadra inglesa, á la que asimismo pudo sustraerse, llegando á Brest el 29 de Agosto.

Cuánto debió á la suerte por circunstancias fortuitas el Almirante francés, se echa de ver por ocurrencias de uno de los navíos, el *Vermandois*, capitán Dubuisson, que había embarcado un millón de pesos de la presa. A poco de salir de Cartagena varó en bajo y rindió el palo trinquete; se quedó por esta causa rezagado; le alcanzó la escuadra inglesa, entre la que se mantuvo disimulado como si formara parte de ella; volvió á varar en el peligroso escollo de la Víbora antes de franquear el Bahama, y con todo ello fondeó en Brest salvo.

Iban en este navío algunos españoles prisioneros, que fueron conducidos á París é interrogados al incoarse el proceso á que dió lugar la reclamación de Ducasse por falta de cumplimiento de la estipulación hecha con los filibusteros. Probada de paso la informalidad de las capitulaciones con la plaza de Cartagena, recayó sentencia mandando entregar á la parte agraviada 666.000 pesos y retener la plata labrada procedente de los templos á disposición del Rey. Los capitanes Lévi, Dubremine y Dubuisson fueron privados de sus cargos y desterrados de la corte <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Cuéntalo uno de los citados españoles, testigo en la causa, que escribió y publicó relación de los sucesos con título de *Diario histórico del sitio, indefensión, pérdida y saco de Cartagena de Indias, ganada y destruida por el francés el año de 1697, que dirige á S. M. en su Real Consejo de Indias, por mano del Sr. D. Alonso Carnero, el capitán de caballos D. Joseph Vallejo de la Canal, quien pasando del Perú á España á continuar el real servicio en los ejércitos de Europa, arribó á dicha ciudad cuarenta horas antes que el enemigo y se halló presente á todo*. Impresa en 58 páginas, en 4.º, s. a. n. l.— Aunque me parece el escrito un tanto apasionado y exigente en lo que se refiere á las disposiciones del Gobernador y al proceder de los mercaderes, más atentos, dice, á su dinero que al crédito de las armas, lo he preferido á los



Al poco tiempo, estipulada ya la paz, ordenó el Rey de Francia embarcar la referida plata en dos bajeles que iban á Santo Domingo, con prevención de entregarla al Gobernador y clero de la parte española <sup>1</sup>. Véase en qué términos curiosos refiere la devolución un escritor del tiempo <sup>2</sup>:

« El saqueo de Cartagena dió lugar á una de las heroicidades de la magnanimidad y cristianísimo real ánimo del señor Luis XIV *el Grande*, quien habiendo sabido que en la suma de tan considerable despojo habia sido lo más sensible para la ciudad la úrna del Santo Sepulcro, de plata maciza y de primorosa hechura, con que todos los años celebra el cabildo de aquella ciudad en Semana Santa la tierna renovación de la memoria del santo entierro de Cristo, la mandó restituir luego al instante; recibéndola aquella noble ciudad, no como restitución, sino como dádiva de la piadosa liberalidad y grandeza de aquel monarca, cuyas acciones tienen la gloria de no haber tenido enemigos que las nieguen ni sombras que las oscurezcan, y apurándose los historiadores en describirlas, quedan diminutas las alabanzas, porque sólo caben con números eternos en los celestes jaspes de la inmortalidad.....»

demás por los muchos pormenores que recuerda. En la biblioteca particular de S. M. el Rey existe otra relación manuscrita, traducción del francés.

<sup>1</sup> Charlevoix.--Abreu y Bertodano.

<sup>2</sup> Alsedo, *Ariso histórico*, pág. 170. Téngase presente que el autor pasó á las Indias en 1706, reinando ya Felipe V, nieto del elogiado Luis.

